

forma y grados varia. Por ejemplo: el obrero puede recibir del empresario capitalista un jornal, y una parte en las ganancias; pero donde principia la asociacion, empieza la necesidad de que el asociado sea moral é inteligente: lo son todos los que participan de las ganancias de una empresa, porque ¿cómo era posible que se diera parte en ella á gente torpe ú holgazana, que en vez de hacer prosperar, contribuiria á que se arruinara?

Así, pues, la retribucion del trabajador, sea que la reciba como jornalero, como asociado, ó participando de ambos conceptos, puede crecer sino en proporcion que él crezca en inteligencia honradez. El hombre tiene á medida que merece. Esta es la ley de la humanidad. Si ves que algun individuo se sale de ella, es error tuyo, ó misterio incomprensible; siempre escepcion. Atente á la regla, que no ha de dejar de serlo porque los engañadores de los pueblos les hablen mucho de prosperidad material, y nada de inteligencia y de virtud.

Concepcion Arenal.

LA APARICION A LA CABECERA DEL POBRE

—¿Quién eres, blanca vision,
Que vaga te me apareces,
Y dulcemente estremeces
Las fibras del corazon?
¿Quién eres? Nunca te ví.
—Siempre junto á ti me hallé,
Tus lágrimas enjugué,
Tu miseria socorrí.
—¡Cómo! ¿Eres tú quien un dia
Oyó mi triste lamento,
Detuvo el coche un momento,
Se enteró de mi agonía,
Y su bolsa me ofreció,
Que vino en trance harto triste?.....
No, tú no me socorríste;
Fue un noble anciano.
—Era yo.
—¡Necio yo si tal creyera!

x-rite

mm

colorchecker CLASSIC

LA VOZ DE LA CARIDAD.

LA VOX DE LA CHARRIDA

LA VOX DE LA CHARRIDA

LA VOX DE LA CHARRIDA

LA VOX DE LA CHARRIDA

LA VOX DE LA CHARRIDA

1931-0

LA VOZ DE LA CARIDAD.



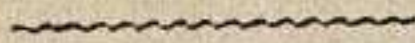
1937-30

REVISTA QUINCENAL

D
239

DE

BENEFICENCIA Y ESTABLECIMIENTOS PENALES.



DONATIVO DEL Sr. LASTRES
AL
ATENEIO DE MADRID
1907



TOMO 2.º—AÑO 1872.



MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. EUSEBIO AGUADO.

Calle de Pontejos, núm. 8.

LA VOZ DE LA CIUDAD.



REVISTA QUINCENAL

DE ECONOMIA Y ESTADÍSTICA

DE ECONOMIA Y ESTADÍSTICA

DONATIVO DEL Sr. LASTRES

AL

ATENEO DE MADRID

1907

TOMO 2.º - AÑO 1872

MADRID

IMPRESA DE LA VIDA E HUBO DE LA VIDA SOCIALES

EN LA PLAZA DE...

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 25.—15 de Marzo de 1871.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epist. 1, 4, 8.)*

UN COCHERO QUE MERECE ANDAR DENTRO DEL COCHE.

No hace muchas semanas salía una muger de cierta boardilla de la calle de la Reina. Andubo pocos pasos, y abrumada por su infortunio se sentó en la escalera, llorando como lloran los que no tienen quien los consuele. Muy anciana, absolutamente imposibilitada para trabajar por un grave padecimiento en una mano, muy sorda y completamente desvalida, acaba de ser arrojada de la casa donde hace muchos meses que no puede satisfacer nada por el hospedaje. No tiene pariente ni amigo á quien dirigirse para que la recoja, y en su abandono llora, llora y llora. Un hombre sube; es el cochero que vive en la boardilla de al lado, y que viendo su afliccion se para, y le pregunta qué tiene. Aunque no oye, comprende la pregunta; un desdichado adivina fácilmente lo que quiere decir el que le com-
padece.

—¿Qué tiene V., señora N.?

—Me echan, señor N., me echan; ya veo que tienen razon.....

—¿Razon!

—Hace meses que no les doy nada..... no puedo. No tengo á donde ir; esta noche dormiré en la calle, y me moriré de pena y de frio.

Los sollozos impiden continuar á la pobre abandonada; el hombre calla, acaba de subir la escalera, y entra en su casa. Su muger le mira y le dice:

—¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?

—Acabo de encontrar á la señora N. hecha un mar de lágrimas; mira, me ha partido el corazon. No puede pagar, es claro, y la echan; esta noche no tiene donde recojerse.

—¡Válgame Dios qué pena! ¡Con tanta edad, y enferma y sorda, y sin nadie que mire por ella!

—Mira, muger, verdad es que no gano mucho; nuestro cuarto es

bien pequeño, pero la pobre muger se meterá en cualquier rincon. Tenemos hijos que acaso puedan verse algun dia como ella se ve; y para que Dios los ampare, amparémosla.

—Sí por cierto. Yo no me habia atrevido á decírtelo. Vete á buscarla.

Y el hombre corre en busca de la anciana, y la muger la recibe cariñosamente, y ambos la consuelan. La infeliz enjuga sus lágrimas; apenas puede creer tanta felicidad: acaba de entrar en una casa donde no la echarán aunque no pague.

Al oír esta sencilla relacion, tal absolutamente como queda escrita, no hemos podido menos de pensar:—Merecia andar dentro del coche ese cochero.—Despues nos ha ocurrido decirte, lector, el número del carruaje, para que dieras una buena propina si alguna vez entras en él; pero preferimos suprimir toda indicacion precisa sobre este digno hombre, que no leerá estas líneas, y está bien lejos de creer que ha hecho nada que merezca escribirse. Dejémosle en esta santa creencia, y nosotros modifiquemos un poco la opinion, no muy buena, que suele tenerse de los cocheros de plaza. Las prevenciones de clase son siempre injustas; el pensar así desfavorablemente, es malo y hace mal. Cuando subamos á un coche de alquiler, en vez de mirar con hostilidad al conductor, que despues de todo pasa una vida de las mas duras y tristes para proporcionarnos una gran comodidad; en vez de pensar si podrá ser el que tuvo una cuestion con H., ó dió una moneda falsa á R., digamos:—¿Si será este el que recibió en su reducida boardilla á la desvalida anciana?

Por lo demás, si este hombre caritativo necesita alguna vez de otros que lo sean, si Dios le pone en estado de no poder pagar ese albergue que abrió á la desgracia, entonces te diremos ¡ó lector amigo! quién es, dónde vive, y seguros estamos que no lo sabrás en vano.

C. A.

LAS COLONIAS PENALES.

En los números del periódico *La Independencia española* correspondientes á los dias 21, 24, 25 y 27 de Enero último, hemos leído con gusto y con interés cuatro artículos sobre la reforma de los establecimientos penales de España.

Saludamos con satisfaccion al autor incógnito de este trabajo, que está bien escrito y revela buena intencion y deseo en lo que propone. ¡Ojala tuviese muchos imitadores! Hoy, que de todo se escribe, se

escribe muy poco sobre establecimientos penales, cual si en vez de estar en la infancia de las reformas, hubiésemos llegado ya á la cúspide de ellas y no se necesitase discutir las. Por eso acojemos con avidez todo trabajo, grande ó pequeño, que verse sobre esta importante materia; y aunque vamos á impugnar la idea capital que predomina en dichos artículos, y el objeto concreto y final á que se dirigen, su ilustrado autor no nos haría la justicia si creyese ver en nuestras observaciones un espíritu de contradicción ó de crítica apasionada, en vez de lo único que nos mueve, que es un sincero deseo de buscar el mejor acierto por medio de la discusión tranquila y razonada.

Lo único en que no podemos seguir á ese escritor, y lo que nos parece ageno de la índole de su trabajo, son las alusiones políticas que al final del mismo se deslizan hácia determinados partidos y personas, que designa con sus nombres. Nunca merecerá nuestro apoyo el llevar los recuerdos y las recriminaciones políticas á la discusión serena, desapasionada é imparcial de las cuestiones administrativas, como hemos censurado siempre también el que se ponga la Administración al servicio de la política, según se ha visto en la práctica muchas veces.

Principia el escritor haciendo una pintura de muy subidos colores sobre el estado deplorable de nuestros presidios. Nosotros, por nuestra propia cuenta, no habiéramos dicho tanto, pero no es inoportuno para nuestro objeto el copiar lo que escribe sobre este punto.

« Todos los medios adoptados hasta aquí no han dado más resultado que el aumento de perversión con instintos de ferocidad. Nuestros establecimientos penales, con su organización abigarrada, no son más que la cuna donde tiene su asiento el crimen, y cloacas de malhechores, donde se plantean todos los grandes pensamientos del crimen; es el consejo áulico donde se perfeccionan y utilizan todos los proyectos que, con su sed devoradora de despojar á toda costa, han formado su escuela especial, con resultados bien tristes y funestos para la pobre sociedad.»

Como consecuencia de este deplorable estado de nuestros presidios, el articulista sienta una dolorosa conclusión, y propone un remedio nuevo y seductor. La conclusión es, *que el criminal, sumergido en el fondo de su presidio, no varía de ideas; es decir, que se hace imposible su reforma moral.* La propuesta es la colonia penal en los países ultramarinos, como remedio único y eficaz.

Si lo primero pudiera admitirse como verdad axiomática, si debiéramos convenir en la impotencia de nuestro país para regenerar los presidios, todavía combatiríamos las colonias penales, porque no

es remedio de un mal el establecer otro distinto; pero no nos hallamos en tal situación. No podremos admitir esa triste convicción de que sea imposible reformar en España la moral del penado. Lo que en otros países se hace puede hacerse en el nuestro, poniendo los medios con eficacia y con inteligencia. No es este un punto en que las condiciones físicas hagan fácil ó difícil la experiencia en diversas naciones. Se trata de condiciones morales, y estas, aunque se modifiquen según la educación, el temperamento ó las costumbres, conservan en todas partes su índole esencial, que es, concretándonos á los confinados, una perversidad debida casi siempre á las mismas causas, y susceptible de corrección por iguales ó semejantes medios.

Pero aunque no tuviéramos esta razón fundada en el ejemplo, siempre tendríamos la del buen sentido práctico. ¿Por qué ha de ser imposible reformar al confinado dentro del presidio peninsular? Lo sería ciertamente suponiendo un sistema completamente abusivo en la organización y en el régimen del establecimiento, y un olvido completo de toda tendencia á mejorarle, y á hacer el castigo provechoso sin dejar de ser expiatorio. En una palabra, si el presidio se mira solo como simple encierro para tener sujetos los confinados, como se sujeta en la jaula á las fieras ó á los locos, claro es que nada puede esperarse de ellos en el buen camino moral; pero aplicando á los presidios lo que la razón enseña, lo que la experiencia aconseja, y lo que el buen deseo inspira; lo que hemos propuesto en los diversos artículos publicados en esta *Revista* bajo el epígrafe de *La vida del confinado*, ¿por qué hemos de creer incorregible lo que es tan susceptible de corrección?

Al buscar en las colonias penales lo que se supone imposible en los presidios, ocurre naturalmente una sencilla observación. Si lo que se pretende es la moralización del penado, ¿hay algo en Fernando Póo, en las islas Marianas, ó en las costas vecinas de Africa que facilite esa moralización? Lo que aquí sea imposible ó difícil ¿dejará de serlo allí también? Si se acusa al Gobierno de impotencia para moralizar los presidios que tiene á la vista, ¿será lógico suponer que desaparece esa importancia estando á larga distancia, y con escasas y tardías comunicaciones? Esto salta á la vista; y aunque no examináramos la cuestión en el terreno de los principios, nos contestaría la elocuencia de los hechos.

El mal estado de nuestros presidios no consiste en los confinados; ya se sabe que allí no hay que buscar santos ni modelos de virtud: consiste en la organización, en el sistema, y en el personal que lo tiene á su cargo, desde el ministro hasta el capataz. ¿Cómo, pues,

hemos de esperar que los mismos elementos y los mismos hombres, si no pueden dar aquí buenos resultados, los den en Ultramar?

¡Ah! no solo contesta en esto la lógica mas trivial, sino que desgraciadamente responde una triste experiencia. No queremos engolfarnos en consideraciones de amplia esfera sobre lo que suele ser en general toda administracion colonial, por lo mucho que necesariamente se relaja en ella la vigilancia del Gobierno de la metrópoli. Basta fijarnos en un ejemplo que está casi á nuestra vista.

Ceuta es un presidio como los de la Península, de la cual le separan tan solo dos horas de mar, pero tiene algo de lo que se encomia en las colonias; alejamiento de la mala sociedad que está libre, dificultad de fuga, y cierta libertad para ocuparse en trabajos de fuera del presidio, en vez del encierro sedentario dentro de los muros del mismo. Pues bien; si nuestras noticias son ciertas, como creemos, Ceuta hace años, no de ahora ni de esta época sino de todas, viene siendo con frecuencia triste ejemplo de abusos, de violencias y de inmoralidades, que hacen precisas las visitas de inspeccion, el cambio de empleados, y hasta la sujecion de estos á procedimientos judiciales. Además, en esa Ceuta es en donde se dictó, apenas hace dos años, aquel tristemente funesto bando, por el cual un gobernador militar convertido en legislador, imponia pena de muerte al confinado á quien se le encontrase un corta-plumas. Imagínese, pues, por este ejemplo lo que podria ser un presidio en forma de colonia á 2 ó 3000 leguas de distancia, que es lo que nos separa de nuestras provincias asiáticas y del golfo de Guinea.

Tal vez se nos dirá que aunque los hombres sean los mismos, lo compensa la índole de la organizacion colonial, y que de esta es de la que hay que esperar las ventajas que se conceptúen imposibles en la metrópoli. Esto nos conduce á examinar lo que son realmente las colonias penales, bajo las lecciones de la historia, y bajo el criterio de la moral, de la justicia y de la conveniencia pública. Lo haremos en otro artículo.

Antonio Guerola.

PEQUEÑAS ENSEÑANZAS.

El código fundamental y el campo de operaciones de las personas caritativas son las obras de misericordia; epílogo sublime de afectos, que diviniza el amor del agente y calma los dolores de los que padecen. Una de esas obras, *enseñar al que no sabe*, ni es de las mas olvidadas, ni de las mejor definidas; porque la vanidad huma-

na, que bulle y suena, quiere mas bien presumir de *docente*, que confesarse necesitada de lecciones: siendo la verdad que aun los muy sábios ignoran bastante, y que el mas rudo es capaz de enseñar algo.

Hay en la vida práctica cosas frecuentes, casi continuas, que no llaman la atención, y que, sin embargo, valen infinito para el individuo y para la sociedad: eso pensaba el filósofo Juan Jacobo cuando habló en sus *Confesiones* de los *pequeños deberes*; y eso mismo sentía el cristiano abate Roberti discurrendo sobre las *pequeñas virtudes*. Tambien creo yo que en la educacion de la niñez hay *pequeñas enseñanzas*, que importan tanto como las mayores.

Nuestros padres llamaron *primeras letras* á la enseñanza que se daba á la infancia de todas las categorías sociales; puerta de mayores conocimientos en las clases acomodadas, y única instruccion en las pobres que acudian á recibirla. ¡Reducíase aquella educacion á la doctrina cristiana del *Catecismo*, á la lectura del *Espejo de cristal fino*, á escribir conforme al renglon que en la cabeza de la plana echaba el pobre maestro, y á contar segun las cuatro reglas de sumar, restar, multiplicar y partir. Los progresos modernos han añadido en las escuelas primarias otros conocimientos: algo de geografía y cronología, historia sagrada y profana, mitología, sistema métrico, agricultura, historia natural, etc.; facilitando la mejor instruccion con muestrarios, carteles, láminas, mapas, contadores y otros aparatos.

Pero tengo para mí que ni antes ni ahora se ha insistido lo bastante en dar á la infancia ciertas nociones breves, sencillas y fáciles, que por triviales se desdennan, y que son de aplicacion continua á las necesidades de la vida. Y es tal su utilidad, que indistintamente corresponden á las escuelas de párvulos, á las de niños y niñas, á las de adultos y á las de segundo orden, sin que perdieran su importancia enseñadas á los padres y madres de familia. No faltará quien, al oír hablar de tales pequeñeces, juzque impropio del pedagogo el ocuparse de lo que, en su sentir, todo el mundo sabe. ¡Como si lo mas rudimentario y vulgar, el comer y el vestir, el cavar y el sembrar, no requiriese aprendizaje y práctica para hacerse bien!

Muy bueno es, excelente, que el niño sepa las provincias de España, sus ciudades, rios y montañas, aunque jamás salga de su aldea; bueno es tambien que tenga idea del diluvio, de Moisés, de las hazañas de Viriato y de las alegorías de Marte y de Mercurio; empero no le importa menos saber precaverse de los males graves que le amenazan de continuo, defenderse en los contratiempos, y estar prevenido para evitar lo que pueda comprometer su bienestar, su salud y su vida. Apuntaré algunos casos como muestra.

Acontece á menudo que los chicos de pocos años se estravían de

su morada y se pierden por parajes extraños. La falta de personas y de objetos conocidos les advierte su desamparo; lloran amargamente, y sus ayes lastimeros llaman la atención de transeuntes bondadosos ó de algún agente de la autoridad, que se proponen restituirle á su familia. Mas ¿cómo realizarlo, si el desdichado infante no da luz que los ilumine? Pues he aquí lo que vale una corta lección que á todos debería darse, y que tan fácil es de aprender: su propio nombre y apellido, los de padre y madre, el del pueblo ó casa de su domicilio. A tan poca costa pueden evitarse sustos, pesares y aflicciones sin cuento. Si las madres se acordasen de las zozobras, sollozos y lágrimas que así se ahorrarian, pocos fueran los rapazuelos que no respondiesen de coro las siete palabras que bastan para dar razón suficiente.

Y ¿por qué no se ha de acostumbrar al tierno niño á que preste el brazo para ser pulsado, á que enseñe la lengua y abra la boca para exploraciones facultativas? La resistencia brusca que algunos oponen al doctor, las rabieta soberbias y el emperramiento de no pocos, sobre dar mala idea de su educación y del cuidado de sus padres, espone á las criaturas enfermas á peligros gravísimos y aun á la muerte. ¡Cuántos han sucumbido de garrotillo y de otros males agudos por negarse fieramente á las indagaciones del médico, que no pudo averiguar lo que buscaba! Desdichadas madres, que por no ocuparse algunos minutos en adiestrar á sus hijuelos, los ven agonizar desesperadas; les enseñaron mil habilidades inútiles ó insensatas, y olvidaron la facilísima que en el lance crítico podía salvarlos. Perdieron el tiempo gastando las débiles facultades del niño en que se diera la *mocita* y remedase actitudes de la criada, del perro ó del gato, y no dedicaron un momento á lo que mas les convenia.

Cruje la tempestad, y los pequeñuelos, solos en la barraca, gimen aturdidos entre relámpagos, truenos y exhalaciones. Se arriman á las caballerías, amontonadas en el establo al fragor de la tormenta, y allí cae el rayo que los abrasa. Padres que, al regresar, os lamentais desesperadamente de vuestro infortunio, doleos aún mas de que ligeras lecciones vuestras ó del maestro acaso evitaran la desgracia. Con haber advertido á los chicos que en tales ocasiones es peligroso colocarse en las alturas, en las torres, ó acercarse á los ganados, cuya piel es gran conductor de la electricidad, habríais precavido la catástrofe.

Ha llegado el infante á la edad de entrar en colegio. Los reglamentos suelen exigir que cada alumno tenga los enseres necesarios para su aseo ó higiene. Pero ¿qué vale todo esto si el chico no se halla cerciorado de los peligros, ó los camareros son descuidados y

sucios? Se peinan varios camaradas con un mismo batidor, cambian las toallas y pañuelos, se lavan en una misma agua, ó beben en un mismo vaso. Los contagios y males, á que esa falta de limpieza puede dar ocasion, son muchos: es camino de precaverlos enseñar desde temprano á los niños á ser pulcros y cuidadosos. En punto á reglas higiénicas, ha hecho una breve y escelente cartilla el Doctor Berzosa: uno de los primeros versos que deberian aprender de memoria los jóvenes, debidamente esplicados y comprendidos.

Para cerciorarse de cuan útiles son estas *pequeñas enseñanzas*, concluiré con una trivialísima y de mucho alcance. Harto comun es que las gentes anden á oscuras por las habitaciones de la casa. La generalidad se limita á ir á tientas, ó alargando las manos hácia adelante; pero este instinto requiere la ayuda y perfeccion que le da una esperiencia inteligente. Deben saber todos los niños que el mejor modo de caminar en las tinieblas es estender los brazos horizontalmente á la altura de la barba, cruzándolos por las muñecas; porque de esta manera se evita que un mueble delgado y duro, una puerta entreabierta, cuele por entre los brazos y hiera la cabeza ó el pecho. Los pasos á oscuras no deben ser firmes y á plomo, con riesgo de clavarse en la planta un objeto punzante, ó de hundirse en algun hoyo; conviene moverse como arrastrando los pies, para que sirvan de tacto y aparten ó rehuyan las cosas y puntos en que pueda hallarse daño.

Con lecciones semejantes, tan poco trabajosas como de grandes consecuencias, no teman degradarse los maestros ni achicarse los mayores; que nada es pequeño ni fútil cuando tiene por fin el bien del prójimo y por premio la conciencia de haberlo procurado por todos los medios imaginables. Almas sensibles, que consagrais todas vuestras fuerzas y cuantos recursos teneis al alivio de los semejantes desgraciados, ¿por qué no fijaros en precauciones sencillas que evitarán la llegada del mal? ¿Es que buscáis lances difíciles, empresas costosas, actos heróicos y extraordinarios sacrificios? Pues tened entendido que, en el concepto de los hombres verdaderamente sábios y virtuosos, la humildad es glorificada y la soberbia abatida; sabed que tiene mas mérito espigar con afanes y perseverancia el grano caido para alimentar la extrema pobreza, que segar la mies abundante, renta de poderosos; y comprended, por último, que el camino trillado por donde van los mas, se anda cómodamente y por jornadas ciertas y seguras posadas, pero no tiene las perspectivas raras, las especiales exploraciones, ni las santas complacencias que ofrecen los senderos vírgenes por donde deben ir los genios benéficos y discretos que desean algo mas que seguir la corriente y las rutinas.

vulgares. No es menos benéfico que el profesor de astronomía, el maestro de escuela; y entre estos, no hace mas el que mas se eleva en teorías y en elocuencia, sino el que desciende á los pormenores que mejor aprovechan al discípulo, y de que mayores bienes reportan el individuo y la familia, la salud y la moral.

Fermin Caballero.

La bondad es sensibilidad, la crueldad es dureza, y todo lo que contribuye á endurecer al hombre, contribuye á hacerle cruel y perverso. De la observacion menos detenida resulta, que los que se acostumbran á maltratar á los animales se endurecen, y están por consiguiente, muy predispuestos para maltratar á las personas. Aunque no fuera por espíritu de justicia, y por lo que repugna y aun aflige á todo persona buena, ver maltratar á un pobre animal inocente y útil, ó cuando menos inofensivo; aunque no fuera por bondad, decimos, por cálculo deberíamos evitar la dureza con los animales. ¡Quién sabe si ese hombre que hace gimnasia de crueldad maltratando á un animal, nos atacará mañana cruelmente! ¡Quién sabe si ese niño que ejercita hoy sus malos instintos, y se acostumbra á gozar en el sufrimiento de su pájaro, su perro ó su cordero, hará mañana víctima de su perversidad á nuestro hijo querido!

Entre nosotros es muy general la crueldad con los animales, desdichado preliminar de la que vemos despues con las personas, y sería, en nuestro concepto, una obra verdaderamente moral y civilizadora, la proteccion que á los animales se dispensara, estableciendo para ello asociaciones como en Inglaterra. La opinion, dicen algunos, no está dispuesta para eso. No lo sabemos; muchas veces la opinion sirve de pantalla á nuestra pereza egoista; y como quiera que sea, la opinion se modifica y se forma. Para hacer algo en este sentido y en la medida de nuestras débiles fuerzas, empezamos la campaña que pensamos emprender en favor de los animales, insertando como introduccion el siguiente artículo de nuestro erudito amigo D. M. S. V.

LA COMPASION PARA CON LOS ANIMALES,

SEGUN LA BIBLIA Y LOS SANTOS.



Quien maltrata á un animal,
No muestra buen natural.
(*Martinez de la Rosa, Rey, tirano no,*
titulo de un libro.)

I.

No se debe á la filantropía moderna, como pretenden algunos, esa compasion para con los animales, ni el consejo del buen trato, ni las leyes que hay en algunos paises en favor de esos séres que tantos servicios prestan al hombre y á la sociedad entera. En esta materia, como en todas, tenemos que ir á buscar el origen al código inmortal de la Sabiduría divina, en el que hallamos ya prescrito el buen trato para los irracionales, que Dios crió ciertamente para nuestro servicio y nuestro recreo, pero no para que abusemos de nuestra reconocida superioridad sobre ellos. *Rey, tirano no*; esta es la regla que debe servirnos de norma en nuestras continuas relaciones con ellos.

II.

«Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra.» (Gen. 2, v. 26.) «Y vuestro temor y espanto sea sobre todos los animales de la tierra, y sobre todas las aves del cielo, con todo lo que se mueve sobre la tierra; todos los peces de la mar, en vuestra mano están puestos. Y todo lo que se mueve y vive, os servirá para alimento; así como las legumbres y yerbas, os he dado todas las cosas.» (Gen. 9, vv. 2 y 3.) «He aquí yo estableceré mi pacto con vosotros, y con vuestro linaje despues de vosotros, y con todo animal viviente que está con vosotros, tanto en las aves como en todos los animales domésticos y campestres de la tierra, que han salido del arca, y en todas las bestias de la tierra.» (Id., vv. 9 y 10.) Por todos estos pasajes de los Sagrados Libros se ve, que Dios empeña su palabra de que atenderá igualmente á la conservacion de los animales, como necesarios que son para el regalo, recreo y servicio

del hombre; y por consiguiente, no puede de aquí deducirse que este tenga nunca derecho para maltratarlos cruelmente, como por desgracia vemos todos los días, ni aun para tratarlos con dureza, mas que imponerles el castigo necesario á que estén dóciles y sujetos á nuestro servicio ordinario y regular.

III.

Efectivamente, en *doce* pasajes al menos del Antiguo Testamento hallamos consignados estos nuestros deberes para con los animales.

En los *Proverbios* (cap. 12, v. 10) nos dice el Señor: «El justo cuida de la vida de sus bestias;» quiere decir, que estiende su providencia aun á las bestias que están á su servicio; y añade en seguida: «Mas las entrañas de los impíos, crueles.» Por esto se ve, que compara con las entrañas impías las de los que no cuidan á los animales que les sirven. En el *Eclesiástico* (cap. 29, v. 24) nos añade: «¿Tienes tú ganados? cuídalos; y si son provechosos, perseveren en tu poder.» En el *Deuteronomio* (cap. 22, vv. 6 y 7) hallamos: «Si andando por un camino hallases algun nido de ave en un árbol ó en tierra, y á la madre echada sobre los pollos ó los huevos, no la cojerás con los hijos, sino que la dejarás que se vaya, quedándote con los hijos cojidos, *para que te vaya bien y vivas largo tiempo.*» En el mismo libro (cap. 25, v. 4) se lee: «No atarás la boca al buey que trilla en la era tus mieses;» esto es, segun el P. Scio, para impedirle que coma de aquello mismo que trabaja, lo que sería una especie de injusticia. Tambien en el *Exodo* (cap. 23, v. 11) dice: «Mas al año séptimo la dejarás y harás que descansa (la tierra), para que coman los pobres de tu pueblo; y *lo que quedare, coman las bestias del campo;* lo mismo harás en tu viña, y en tu olivar.» Y mas adelante (cap. 24, v. 19): «No cocerás el cabrito en la leche de su madre.»

IV.

El descanso del domingo, ese precepto tan querido del Señor, que tantas y tan repetidas veces nos encarga, y que escandalosamente vemos quebrantado en nuestra España, tambien lo estiende en favor de los animales domésticos. «Seis dias trabajarás: *el dia séptimo holgarás, para que repose tu buey y tu asno, y se refrigere el hijo de tu esclava y el extranjero.*» (Exod. cap. 23, v. 12.) «El dia séptimo es dia de sábado..... Ninguna obra (servil) harás en él, tú, ni tu hijo, ni hija, ni siervo, ni sierva, *ni buey, ni asno, ni alguna de tus bestias, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, etc.*» (Deuter. capi-

tulo 5, v. 14.) «No ararás con buey y con asno juntamente.» (Id. capítulo 22, v. 10.) Y añade un intérprete: «Porque sus fuerzas son desiguales, y así el asno sería agravado mas de lo que es razon, por cuanto recaería sobre el asno, que es de mas baja estatura, todo el peso del arado.»

«Y dijo Job: sabes, Señor mio, que tengo en mi compañía niños tiernos, y *ovejas y vacas preñadas, á las cuales si hiciere trabajar mas en andar, morirán en un dia todos los rebaños.*» (Gen. cap. 23, v. 13.) En los *Números* (cap. 22, v. 28), al hablar de Balám y su burra, encontramos lo siguiente: «Y el Señor abrió la boca de la borrica, y habló: ¿qué te he hecho? ¿conque ya es esto tercera vez?» Obsérvese que lo primero que dice este animal, despues de verificarse el estupendo milagro de hablar, es una queja por que se la maltrata.

Pero aún veremos mas terminante la compasion del Señor con los pobres animales en *Jonás* (cap. 4, vv. 10 y 11), al hablar de Nínive, cuando dice: «¿Y yo no tendré compasion de Nínive, ciudad tan grande, y en la cual hay mas de ciento veinte mil personas que no disciernen lo que hay entre su derecha y su izquierda, y *un gran número de animales?*» *Jumenta multa!*

Aquí se ve que es causa de que no destruya la ciudad sus ciento veinte mil habitantes que no disciernen (lo que entienden los intérpretes por los párvulos), y despues de estos por los animales, cuya destruccion se ve que, lejos de ser indiferente, tiene grande importancia.

En el próximo artículo veremos cómo pensaban y obraban los Santos con las criaturas de Dios, que sienten y pueden sufrir.

S. V.

LA CULPA.

Ninguna persona medianamente honrada niega á otra lo suyo. Nadie que no sea absolutamente vil, es capaz de quitar á su dueño muebles, prendas de vestir, créditos ni fincas; y en cuanto á las personas que tienen delicadeza, ó solamente buena conciencia, no hay para qué decir con qué esquisita escrupulosidad restituyen lo que una equivocacion ha dejado en su poder y no es de su propiedad, y ponen en claro en cualquiera circunstancia, lo que á cada cual pertenece. No hablaremos de la gente perversa, que en una sociedad corrompida puede llevar alta la cabeza porque no ha robado un duro, cuando ha robado la honra de una familia; nos dirigimos, como queda indicado, á las personas de conciencia, y de buena conciencia,

incapaces de cometer á sabiendas el menor fraude. Esta escrupulosidad que se tiene para las cosas materiales, es raro que se lleve á las que no lo son; y aun los que no murmuran ni calumnian, juzgan sin datos ni antecedentes bastantes, es decir, juzgan mal, hacen incurrir en responsabilidad, y privan de su aprecio, y probablemente del de los demás, á una persona á quien por nada del mundo privarian del valor de una peseta. Si nos dejamos en una casa un pañuelo ó un guante olvidado, seguros estamos de hallarle; si allí mismo un juicio temerario ó incompetente nos quita la estimacion, ¿quién nos la devolverá?

Tan pronto como llega á nuestra noticia un suceso desagradable ó perjudicial, una desdicha ó un crimen, lo que hacemos ante todo es *echar la culpa á alguno*. Una escuela, un partido, una corporacion, un individuo, tienen la culpa de tal ó cual desventura, de este ó de aquel delito; ellos solos son responsables; sobre ellos la odiosidad y el castigo. Esto, lo mismo en la plaza pública que en el hogar doméstico, donde si hay *culpa*, se atribuye segun las cosas al padre ó la madre, al hijo, al amigo ó al pariente. Parece que la culpa es un todo indivisible, cuando, por el contrario, no hay cosa que tenga mas partes y sea mas compleja. Sucede con ella como con esos cuerpos simples, homogéneos para el espectador ignorante y apresurado, y donde el microscopio y el análisis descubren gran número de componentes, desigualdades y diferencias. Por regla general, tan general que será difícil hallar una escepcion, *toda culpa es un compuesto de muchas culpas*.

Así pues, cuando ha cometido una falta nuestro padre ó nuestro hijo, nuestro amigo ó nuestro hermano, en vez de arrojarle al rostro *su culpa* como un fragmento de roca arrancado por nuestra indignacion, examinemos qué parte podrá caber á eso que se llama *el mundo*, cuál á sus allegados, cuánta á nosotros mismos; y de este examen, si es sincero, podrá resultar que el culpable no lo sea tanto, y que á veces la mayor responsabilidad pesará sobre su acusador mas intransigente.

En todo culpable hay culpa; no permita Dios que tengamos nunca la locura de no verlo así muy claro: pero el culpable no ha vivido solo; ha tenido dolores y placeres, estímulos y desalientos; se ha hallado en la miseria ó en la abundancia, rodeado de las tinieblas del error ó de la luz de la verdad; ha visto para sí la justicia ó la iniquidad; ha recibido aplausos ó improperios, amor ú odio, escándalos ó altos ejemplos, consuelos ó heridas. Y todas estas circunstancias y otras muchas de que no dispone, de que han dispuesto los otros, ¿no han influido en su determinacion? ¿Por qué, pues, no han de influir en nuestro juicio? Los juicios severos son casi siempre juicios injustos; y casi siempre es justicia lo que al juzgar llamamos caridad. Este error, menos que ningun otro, puede ser indiferente, porque como la justicia obliga y la caridad no suele tenerse por obligatoria, no hay derecho para negar como don gratuito, lo que en conciencia debemos.

Descompongamos, pues, la culpa de los que nos ofenden ó nos afligen, y no dejemos al culpable mas que la parte que le corresponde, y veamos la que puede cabernos, porque es grande nuestra propension á poner, al que falta en caso grave, fuera de la ley moral, y á

mirarle como si en él no hubiera nada bueno, ni en el que le condena nada malo. Puede medirse casi siempre la distancia que nos parece inconmensurable, ¡y qué de veces esas acciones, contra las cuales clamamos tan alto, no son mas que la reproduccion ampliada de una imagen que llevamos en nosotros mismos! La exactitud en nuestros juicios disminuirá la acritud de nuestras acusaciones, y el que desesperemos menos de los otros y no confiemos tanto en nosotros mismos.

Lo propio que de individuo á individuo, sucede con la culpa de las colectividades. Los absurdos de una escuela, son como el eco modificado de los absurdos de otra; y no hay delirio que bien observado no sea la reaccion de algun otro. La *culpa* del error como la del delito, es *compuesta* tambien; aquí ya se ve mas clara la justicia; el sér colectivo vive siempre; no le juzga una persona en un instante, sino el mundo en los siglos; y la historia suele distribuir entre muchos, la responsabilidad que se queria hacer pesar sobre uno solo.

Los partidos políticos son todavía mas injustos que las escuelas, porque en ellos el interés y la pasion representan papeles mas principales. Allí toda la culpa es del que está enfrente, y allí es donde se halla repartida de tal modo, que apenas hay alguna que no parezca consecuencia lógica de otra cometida por el acusador. La filiacion de casi todas las locuras, escesos, estravíos y crímenes que vemos en el otro campo, está casi siempre en el nuestro; suelen ser reflejos lo que tomamos por imágenes; y es nuestra propia fealdad la que miramos con tanto horror y disgusto. Si los hombres de partido que se acusan con tal acritud analizaran la culpa que á sus contrarios atribuyen, si la descompusiesen, y vieran la parte que les toca, habría menos, porque en la lógica de las pasiones, el crimen propio se autoriza con el delito ajeno.

Cuando en una época (esta ú otra) hablamos con desconsuelo de los males públicos, lo hacemos todos con el tono del que en ellos no tuviera ninguna parte, y como si las desdichas sociales vinieran de las nubes como los pedriscos. ¿Quién tiene *la culpa* del mal estado de la cosa pública? Tal persona ó tal partido, dicen los otros; y si individualmente se examinan los españoles (ó los franceses igual), la culpa no está en nadie: prueba evidente de que está en todos. La suma de los dolores de un pueblo es proporcional á la de sus vicios y sus crímenes, que son un compuesto de sus ignorancias, sus egoismos y sus pasiones; y salvo un cortísimo número (tan pequeño que puede prescindirse de él sin que resulte error apreciable) que hace *todo* lo que debe, los demás son y somos cómplices en mayor ó menor grado, de ese mal que deploramos con aire de inocencia, como obra exclusiva de los otros. La culpa, cuyo castigo es la miseria, el desorden, los atentados, la desdicha, en fin, de la patria, está compuesta de tantas culpas como hay habitantes, deduccion hecha de los locos, los niños y los justos.

Las cosas van muy mal, se dice en todas las épocas, y siempre con verdad. ¿Y cómo irian mejor? Si en vez de echar la culpa á otro, cada cual examinara la parte que tiene en ella y la suprimiese. Pretender que esto lo hagan todos, sería absurdo; pero las personas de razon y de conciencia, ¿no deberian pararse á examinar qué parte

tienen en ese mal de que acusan á los otros? Si este examen no nos hiciera variar de conducta, nos serviria al menos para ser mas tolerantes; nuestros odios no recibirian al menos el apoyo de la razon; y reducida la esfera de accion de los impulsos malévolos, habria en todas circunstancias mas lugar para el amor, para la caridad.

Concepcion Arenal.

A LA ENTRADA TRIUNFAL DE LOS ALEMANES EN PARIS (1).

Del Neva al Guadalquivir, del Misisipí al Ganges, ¡cantad, poetas!

El que vive en la nieve eterna y el que respira azahar, el pária y el ciudadano, todos los hombres de todos los pueblos, oigan en todas las lenguas celebrar la victoria de los hombres del Norte, y la entrada triunfal en París del Emperador invicto!

La bayoneta de la revolucion francesa inoculó ideas de un modo feroz. La espada sangrienta del norte-americano ha roto las cadenas de una raza esclava. Todo esto es mezquino. La guerra franco-prusiana ha legado al mundo cosas mas grandes, restableciendo el derecho de conquista y haciendo tributarios á los pueblos vencidos.

Vosotros los inspirados poetas, cantad estos heróicos hechos.

No olvidéis decir al mundo que la Francia es un pueblo de miserables. Que la raza latina, *la raza latina*, ¿lo entendeis? está para siempre degradada; esto es esencial.

Decid que la Alemania triunfa porque es un pueblo sabio, morigerado, religioso, etc. Ya se sabe que las victorias se alcanzan á fuerza de virtudes, que los conquistadores son santos, y los oprimidos una canalla vil.

Si los franceses hubieran vencido, serían el escándalo del mundo.

Los alemanes triunfantes, dan altos ejemplos.

¡Qué delicadeza! ¡Qué ausencia de vanidad pueril! ¡Qué respeto á la desventura y al valor desgraciado no revela su entrada en París!

¡Qué espíritu de justicia! ¡Que homenaje al derecho y á la dignidad de todo hombre no hay en la apropiacion de las provincias fronterizas!

¡Qué moderacion! ¡Qué generosidad, no imponer mas que el ligero tributo de **DIEZ Y NUEVE MIL MILLONES DE REALES**, con rédito si se retrasa el pago, y el sostenimiento del ejército *apremiador* hasta que se estinga la deuda!

Ya se ve que los pueblos triunfan á fuerza de virtudes. Cantad, ¡ó poetas! las del pueblo aleman. Él va á trasmitirlas á la Europa, regenerada por su espíritu de moderacion y de justicia; él es á la vez la prueba y el campeon de los progresos de la humanidad.

¡Cantad al Emperador, hombre sencillo, sin bordados en el uni-

(1) Hubiéramos dicho lo mismo á la de los franceses en Berlin. No nos dirigimos á un pueblo y á un rey, sino á la guerra y á la victoria.

forme; caudillo piadoso, que hace todas las cosas en nombre de Dios.

Después de la heroica hazaña de rendir á París por hambre, no ha querido privar á la dichosa ciudad de la honra de tenerle en su seno, ni privarse á sí mismo de la satisfacción de compararla con lo que era cuando le recibió con agasajo en otros días.

Ha pasado allí revista á sus tropas *sin novedad*, dice á su muger. El telégrafo no ha transmitido nunca frase mas sublime.

¡Qué placer tan puro entrar al compás de tantas bendiciones, y del ruido que hacen al contarlas las monedas del tributo!

¡Detener los convoyes fúnebres que llevan á la última morada las víctimas del hambre!

¡Ver los bosques talados y las ruinas de los edificios!

¡Pisar la tierra que regaron con su sangre generosa aquellos valerosos marinos, que el Señor reciba en su seno!

¡Imaginar lo que sentirán las madres al rodar de esa artillería, que de tan lejos ha matado á sus hijos pequeñuelos!....

Y no es satisfacción efímera, no; las que proporciona la virtud son duraderas.

Por muchos años, por mas años que ha de vivir el Emperador invicto, los pobres niños franceses llorarán de hambre; y al preguntar á su padre, si no les da pan, para qué trabaja, el padre responderá:—Para los prusianos.

Todo esto es grande, y noble, y bello. ¡Cantad, poetas!

Yo he querido cantar tambien.

Yo he querido pagar mi tributo de simpatía y de entusiasmo á la guerra y á la victoria; pero ¡ah! bajo el cabello encanecido no brota la inspiracion; la sangre apaga el fuego sagrado; cuando mi mano trémula pulsó la lira, han salido de sus cuerdas ayes lastimeros.....

¡Cantad, poetas, cantad! Yo lloro.....

Concepcion Arenal.

ADVERTENCIA.

En el número próximo publicaremos la cuenta de los ingresos del periódico correspondientes al segundo semestre. No va en el presente número porque estamos activando la recaudacion de descubiertos.

OTRA.

A los Señores Suscritores de Madrid se les pasará oportunamente el recibo del tercer semestre. Rogamos á los de provincias que no demoren remitir el importe, ó devolver el periódico en caso de no querer continuar.